R. Marin

La Chispa

¿He amado, o he amado sobre todo estar enamorado?

R. Marin

La Chispa

Capítulo 1

Septiembre de 2026

Aquí estoy, en el tren.

Un InterCity de primera hora, junto a la ventanilla. Fuera, la costa desfila. El mar está en calma, casi inmóvil, de un azul pálido que el sol apenas despierta. Las colinas descienden hacia él, cubiertas de una vegetación espesa entre las vías y el agua. De vez en cuando, un túnel, la oscuridad; luego vuelve la luz y el azul sigue ahí.

Dejo mi ciudad natal. Una vez más, con el corazón apesadumbrado, pensando que mi vida parece no querer quedarse aquí.

Voy rumbo a esa torre que lleva siglos inclinada sin caerse nunca. Desde allí tomaré un avión para volver a Francia. Para volver a casa, si se puede llamar *hogar* a un lugar donde nadie te espera.

Claro, el trabajo sí me espera. Pero un trabajo llena los días, no una vida. Y una vida que no se comparte, ¿qué vale? Sí, es una visión idílica. Pero es lo que siempre he querido. Un romántico incurable.

El tren va lleno. Gente por todas partes, voces, maletas, alguien que ríe detrás de mí. Pero llevo los auriculares puestos y, en mis oídos, solo suena una canción. *That's Why You Go Away*. En bucle. Otra vez. Y otra.

Y todo ese mundo a mi alrededor desaparece.

Solo quedan la ventanilla, el paisaje, la música y yo. El sol que brilla, los colores y esas costas. Esas costas que, de pequeño, me vieron pasear, lanzarme al mar desde una roca, bañarme, reír y amar.

* * *

Durante dos semanas caminé por esas calles. Volví a encontrar el mar cada mañana. Las callejuelas, las escaleras, las placitas donde el tiempo se olvidó de pasar. Comí la focaccia del puerto, me tomé el café de pie en la barra, como se hace aquí, y miré a los viejos jugar a las cartas a la sombra. Caminé solo, pero no era la misma soledad. Aquí las paredes me conocen. El aire tiene un olor que me devuelve a la infancia. El mar está ahí. En el mismo sitio.

Fiel, el mar.

Las vacaciones se acaban. Siempre. El tren rueda, el paisaje desfila y, cuantos más kilómetros dejamos atrás, más claro veo lo que me espera al otro lado. Mi piso. El silencio. Las paredes que no me conocen. La rutina del lunes. Nadie a quien decirle: ya he vuelto.

Ahí, creo, es donde empezó todo.

* * *

Cierro los ojos un segundo. Cuando uno deja de mirar fuera, el ruido de las ruedas se vuelve más fuerte. Y detrás del ruido de las ruedas está el otro ruido. El de dentro.

Y aquí estoy, a pesar de todo. Después de todas esas relaciones, después de haber entregado tantas veces el corazón, aquí estoy solo. De nuevo. Y llevo así tres años. Como si un destino sombrío hubiera decidido que yo, sí, yo, no tenía derecho a una felicidad duradera. Un instante, eso sí. Años, no. Para ti, no.

Ningún recuerdo preciso. Ningún rostro. Solo el vacío.

Ese vacío que llevo desde hace tanto tiempo. El que consigo acallar cuando la vida me mantiene ocupado: una mujer frente a mí, el

sol, calles por recorrer. El que las vacaciones cubren con un velo ligero, lo bastante para olvidar, no para curar.

En un tren que te lleva de vuelta al silencio, el vacío ya no necesita permiso. Vuelve. Se sienta a tu lado. Y se pone a hablar.

* * *

El corazón se me ha desbocado.

Sin razón. Sin avisar. Como ha hecho siempre. Él, que siempre me ha hablado, que tantas veces ha dictado mi vida, que nunca me ha dejado tranquilo.

Y hoy el destino parece decírmelo de nuevo: para ti, no. Entonces me asalta la pregunta. ¿He amado, o he amado estar enamorado? ¿Qué he entendido de verdad del amor? ¿O todo esto no

es más que un vacío que nunca podré llenar, ni solo ni en pareja?

* * *

Abro los ojos. El paisaje no me ha esperado.

No sé cuántas veces me he enamorado en mi vida. Muchas. Demasiadas, quizá. O no las suficientes, según desde dónde se mire.

Lo que sí sé es que cada vez creí en lo que estaba viviendo. Cada vez pensé: es ella. Cada vez mi corazón se marchó sin pedirme opinión y yo lo seguí. Con los ojos cerrados. A fondo. Al cien por cien. A veces, al doscientos.

Para mí, el amor siempre ha empezado como una chispa. Una mirada. Una sonrisa. El corazón que se acelera. Y cuando encontraba respuesta al otro lado, me lanzaba de inmediato. No necesitaba contar los días. No

necesitaba pensar. Lo sabía. Lo sentía. Y me dejaba llevar.

¿Para qué ir despacio cuando el corazón ya se ha adelantado?

Eso es lo que me dije, cada vez. Hoy me pregunto si tenía razón.

* * *

El asiento de al lado está vacío. Un espacio hecho para dos, y solo estoy yo.

Y llegan las imágenes.

El azul desfila. La música sigue sonando y, detrás de la ventanilla, ya no son las colinas lo que veo.

Una melena castaña hasta los hombros, un verano, juegos en el

campo. Una sonrisa que nunca llegó a borrarse del todo.

Una callejuela estrecha, un cruce de miradas, una media vuelta. La imposibilidad de hacer como si nada.

Unas rosas para una mujer que venía a dejarme y que se quedó.

Unos ojos que me amaban más de lo que yo sabía amarlos. Un rostro cuyo nombre he olvidado, pero no lo que me dio.

Y otras. Tantas otras.

Cada imagen pasa como un paisaje por la ventanilla del tren. Deprisa. Un destello. Una luz. Y luego otra.

* * *

El mar sigue ahí, fuera. El tren continúa. La canción vuelve a empezar.

Y yo me quedo con esa pregunta, la que mi corazón se hizo aquella mañana sin que yo lo esperara, en algún punto entre mi ciudad natal y la torre que nunca se cae.

¿Supe amar?

¿O supe sobre todo estar enamorado?

Todavía no conozco la respuesta. Quizá llegue durante este viaje. Quizá no llegue.

El mar está en calma, la canción sigue sonando y los recuerdos ya han empezado a viajar.